

## Las huellas

Una noche, mientras el viento aullaba entre las piedras del pueblo y las sombras del castillo se proyectaban como garras sobre las calles, Ana y Juan decidieron aventurarse a las Pasarelas del Vero. La luna apenas iluminaba el camino y el crujir de sus pasos sobre la madera sonaba como un tambor resonando en la penumbra.

El aire era denso, impregnado de una tensión eléctrica. A medida que avanzaban, la sensación de ser observados se hizo más fuerte,

como si cientos de ojos invisibles los siguieran desde las sombras. Juan sintió el peso invisible de una mirada que le calaba hasta los huesos.

De pronto, un sonido apagado, un quejido apenas audible, heló la sangre en sus venas. Se detuvieron, sus corazones latiendo con una fuerza que casi podía oírse.

"¿Lo has oído?" susurró Ana.

Juan asintió, incapaz de encontrar las palabras. Guiados por el instinto, se desviaron hacia un claro oculto por la maleza. Lo que encontraron allí les robó el aliento: una puerta de madera, apenas visible entre las rocas, con una cerradura oxidada que parecía resistirse al tiempo mismo.

"Esto no debería estar aquí," murmuró Juan.

Ana, con la mirada firme, apoyó las manos sobre la cerradura. La madera estaba fría, como si absorbiera el calor de sus dedos. Algo en su interior le decía que habían cruzado una línea, pero el anhelo de verdad ardía más fuerte que el miedo.

Forcejearon juntos. La cerradura cedió con un gemido que pareció llenar el bosque, como si despertara algo antiguo. La puerta se abrió lentamente, revelando una escalera que descendía hacia la oscuridad.

Se miraron a los ojos, una mezcla de temor y valentía reflejada en ambos. Sin una palabra más, Ana dio el primer paso, y Juan la siguió, el eco de sus pisadas perdiéndose en las entrañas de la tierra mientras el abismo los reclamaba.

El aire en el túnel era espeso y cargado de una humedad opresiva. A cada paso que daban, la luz que se filtraba desde la puerta quedaba más lejana, hasta que solo la tenue claridad de una linterna que Ana había traído iluminaba las paredes de roca. En ellas, se adivinaban símbolos tallados con mano temblorosa, líneas entrelazadas que parecían representar ojos desorbitados y figuras humanas atrapadas por sombras serpentinas.

"¿Qué es todo esto?" susurró Ana, su voz reverberando en el espacio angosto.

Juan tocó las marcas con la punta de los dedos, notando la aspereza de las tallas y algo más, una energía casi tangible. "Son advertencias", dijo, como si las palabras brotaran de un rincón olvidado de su memoria. "Símbolos para mantener alejados a los curiosos."

Más adelante, un sonido sibilante les puso en alerta. Se miraron, sabiendo que no estaban solos en ese lugar subterráneo. Siguieron avanzando con cautela, hasta que la estrechez del pasadizo se abrió en una cámara más amplia. Allí, las paredes estaban cubiertas de antiguos frescos. Las imágenes, desgastadas por los siglos, mostraban escenas de sacrificios bajo la luna llena, figuras encapuchadas en procesiones oscuras y un hombre con una máscara de hierro, imponente y despiadado, que parecía dominar a la multitud con solo su mirada.

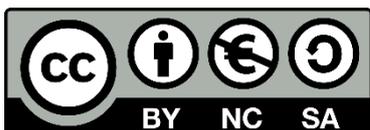
"El Sombrío de Alquézar," musitó Juan, sintiendo que los hilos del pasado se entrelazaban con el presente.

De repente, un gemido resonó desde las profundidades, como si un alma atrapada en la roca suplicara por su liberación. Ana tembló, pero no se

detuvo. Sus pasos la llevaron hasta una puerta metálica más moderna, un contraste perturbador con la antigüedad que la rodeaba. No estaba cerrada con llave.

Juan colocó una mano sobre la manivela. "Si cruzamos esta puerta, no habrá vuelta atrás."

Ana le miró, sus ojos brillando con determinación. "Nunca la hubo desde el momento en que llegamos aquí."



**Alquézar, el secreto del rio Vero** por **Pedro Miras** tiene licencia Creative Commons Reconocimiento-NoComercial-SinObraDerivada 4.0 International Lisence.